

HOMILÍA AÑO JUBILAR TERESIANO

Ávila, 26 agosto 2018

Celebramos esta eucaristía en el ámbito del Año Jubilar teresiano, un año de gracia en el que Teresa nos empuja a conocer en profundidad al Dios que ella conoció, el Dios «ganoso de hacer mercedes», el Dios que siempre nos espera para acogernos con un abrazo que perdona todo pecado y nos llena de su ternura y bendición.

Cada uno de nosotros puede reflexionar personalmente sobre cómo ha vivido y cómo está viviendo este año, sobre los dones que ha recibido, sobre las luchas y las pruebas que ha tenido que afrontar, sobre las inevitables caídas, pero sobre todo sobre el camino que el Señor le ha hecho recorrer para hacerlo crecer, para hacerle avanzar un poco más en la peregrinación hacia la tierra prometida: «¡Acuérdate!»: cuántas veces en la Sagrada Escritura encontramos esta exhortación dirigida al pueblo de Israel, que se olvida fácilmente del bien recibido en los momentos de sufrimiento o, viceversa, olvida su miseria en el tiempo de la prosperidad. «Acuérdate de todo el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer en este año en el desierto, para descubrir lo que había en tu corazón. Tu vestido no se ha envejecido y tu pié no se ha hinchado en este año. Reconoce por lo tanto en tu corazón que, como un hombre corrige a su hijo, así el Señor tu Dios te corrige a ti » (Dt 8,2-5).

No caminamos solos y por eso debemos recordar también el camino que, como comunidad, como pueblo de Dios, estamos recorriendo durante este año. No ha sido y no es un camino fácil y llano. No podemos ignorar, aun en medio de una celebración gozosa, los sufrimientos, las angustias, el desconcierto de estos días, todo lo que el Papa Francisco ha expresado en su Carta al pueblo de Dios el pasado 20 de agosto. No solamente no podemos ignorarlo, sino que deberíamos hacer como Teresa que, ante las laceraciones de la Iglesia de su tiempo, llegaba a decir: yo misma soy responsable, mis pecados son la causa. Ella vivió verdaderamente lo que dice Pablo y el Papa repite: «si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él».

Y aun así Teresa no se encerró en la tristeza, en el desánimo, no se replegó sobre sí misma, todo lo contrario: precisamente, a través de la herida de su corazón, Dios derramó en su alma torrentes de fuerza espiritual. Cuando nuestra herida viene de Dios, ésta no nos consume, no nos destruye, sino —aunque nos duele— nos abre a la vida de Cristo, a su victoria sobre el mal y sobre la muerte. ¿Qué nos puede enseñar entonces Teresa para vivir este año, este tiempo no solo como un tiempo de luto o de lágrimas, sino de reforma de la Iglesia, de nuestras comunidades, de nuestras vidas personales?

Lo primero que nos enseña, a mi parecer, es hacia dónde hay que mirar: fijad vuestra mirada en Cristo. Si miramos a la Iglesia, si miramos a la comunidad o a la familia donde el Señor nos ha puesto, si nos miramos a nosotros mismos, sin haber mirado primero a Cristo o sin ver con Cristo esa misma realidad, estamos perdidos. Veremos solo el pecado, el juicio, la condena, la falta de esperanza. Miremos estas realidades sabiendo que han sido miradas antes que nada por Cristo, por el que ha muerto, es más, ha resucitado para salvarlas y las habita, a pesar de lo sucias, repugnantes o vergonzosas que puedan ser. Se cuenta de San Maximiliano Maria Kolbe, que cuando estaba en el campo de concentración de Auschwitz y llevaba en la carretilla los cuerpos de los prisioneros asesinados, murmuraba: «Et Verbum caro factum est». Sí, el pecado ha asesinado estos cuerpos, pero el Verbo ha asumido esta carne, la carne del dolor y del pecado más abismal. El Verbo está aquí, en este puñado de carne sin rostro.

Teresa, además, reacciona ante la situación. Aun siendo una contemplativa, no se limita a estar en la ventana y a hacer algún comentario como persona «biempensante», no se limita a leer los periódicos y a exclamar: ¡Qué tiempos! ¡qué mundo! ¿a dónde vamos a parar? Teresa dice: me comprometo a cambiar el mundo comenzando por mí misma. Haré eso poco que está a mi alcance. Es una llamada fuerte a la responsabilidad individual: cada uno de nosotros tiene un “poco” que puede y debe hacer y que, tratándose todo de la propia misión, no es absolutamente cosa de poco. Para Teresa aquel poco significó la reforma del Carmelo y, en cierto sentido, de la vida religiosa y de la Iglesia entera. Cada uno de nosotros es la pequeña semilla que, cuando cae en tierra, al morir produce mucho fruto. De nuestro poco depende el mucho de la historia, no de los grandes y de los potentes, de los que esperamos inútilmente la solución de los problemas.

Por último, Teresa exclama al final de la vida: «¡Señor, soy hija de la Iglesia!» No dice: soy tu hija, saltándose la mediación de la Iglesia, a pesar de que aquella Iglesia era humanamente muy imperfecta, a pesar de que la hizo sufrir de tantos modos y la llevó hasta la muerte. Teresa sabe que puede presentarse delante de su Dios, de su Señor y Esposo solo como miembro de un cuerpo, como hija de la Iglesia, como parte de una comunidad. Hoy nosotros somos todos muy individualistas. Ante un pecado, un error, un delito, la primera reacción es: «no lo he hecho yo, no es culpa mía». Jesús no hizo así: cargó sobre sí los pecados de su pueblo, se dejó desfigurar por ellos, se hizo pecado y así se presentó al Padre. Teresa, enséñanos a hacer lo mismo, a no huir hacia el mundo cuando la Iglesia está en dificultad, cuando nos avergonzamos de ella. Enséñanos a decir con dolor, pero también con la fidelidad de quien ama sin límites: «Finalmente, Señor, ¡soy hijo de esta Iglesia!» ¡Amen!